

Ray Bradbury y el arte de escribir

José Luis Ortiz Garza

Sobre el encuentro. O la llamada. O sobre ambos

Iba yo a la Feria Internacional del Libro de la ciudad de México. Descendí del metro. Apretaba el paso. Resonaban cláxones y tonadillas de cilindros. Con emoción. Era la adrenalina viajando en el carril de alta velocidad de mis arterias. Brillaba el sol en los fresnos, pirules, acacias y cedros de la Alameda central. Brillaba el sol en sus fuentes y en las de los ojos de los niños. Como animando mi emocionado paso, exhalaban sus fragancias rosas, magnolias, azaleas y siemprevivas. Malacostumbrado, majadero, desdeñaba la inmerecida escolta de palacios y templos centenarios.

Crucé una manta atada entre dos arbotantes. La leí de prisa. Y regresé. “Feria Alternativa del Libro”, decía. Frené yo, la adrenalina no. ¿Alternativa? Eran libros en remate. Saldos. Prácticamente nuevos. Expulsados de las grandes tiendas, huyendo de las garras del reciclaje, se ofrecían como esclavos voluntarios. Exiliados. Desahuciados. Descartados. Expósitos en promiscuo gueto. Varsovia 1941. Ciudadanos *non gratos*. Sin signos de tortura. Muchos aún embalsamados en su placenta plástica.

Bien disciplinados, los apilados en la mesa conservaban posición de firmes. Los rebeldes, los del asfalto, parecían arrestados. Los cinchos metálicos por esposas, el frío como vigía. El resto, los que sufrían lesiones o discapacidades, como avergonzados de su exclusión. Encimados en promiscuas, casi obscenas, posiciones, llamaban a compasión. los del montón, los carapálidas, los indultados antes de sucumbir en las trituradoras o en hornos crematorios.

Estiré el brazo y tomé uno de color amarillo.
Pastas blandas:

Ray Bradbury
Zen en el arte de escribir

— Cincuenta pesos
— Me lo llevo.

Sobre Ray Bradbury

Bradbury. El estadounidense que murió en 2012 y que en 2020 celebramos el centenario de su nacimiento.

Bradbury, el mexicano. El que setenta años antes había contemplado, fascinado, el mismo escenario que yo pisaba.

Bradbury, el infatigable. El que hizo de su máquina de escribir una chistorra para extraer increíbles historias.

Bradbury, el prolífico. El autor de más de quinientas obras, entre las que destacan *Fahrenheit 451* y *Crónicas marcianas*, dos libros llevados a las pantallas que marcaron varias generaciones e inspiraron a escritores y guionistas. A mí, por supuesto.

Bradbury, el precoz. El que a los doce años escribía ya mil palabras al día y al menos un cuento por semana.

Bradbury, el esforzado. El que muy pronto se ganó la vida vendiendo sus historias.

Bradbury, el mitómano. El que a los nueve años llenó su mente de fantasías devorando historietas con personajes como Buck Rogers.

Bradbury, el merodeador. El viajero, el explorador de lugares recónditos, de aldeas, de circos, de áticos, de arrabales, de bibliotecas, de cementerios, catedrales y barrios bajos. El que tomó del México mágico, profundo, surrealista, argumentos y viñetas de fantásticas historias.

Bradbury, el imaginante. El creador de monstruos verdes, platillos voladores, robots, y mundos utópicos y distópicos.

Bradbury, el misterioso. El de las salidas aterradoras y los diálogos inquietantes.

Bradbury, el triunfador. Autor de guiones de películas fantásticas y programas de televisión como *Dimensión desconocida*.

Bradbury, la celebridad. El ganador en 2007 de un Premio Pulitzer especial por su prolífica trayectoria literaria y su impronta en el género de la ciencia ficción. *Magna cum laude*.

Sobre el libro *Zen en el arte de escribir*.

Un compendio de experiencias de escritores o de quienes pretenden narrar historias. Once ensayos en que reafirma que la creación literaria es un gozo, un arrebató, una iluminación semejante al concepto budista de zen: estado al que se llega a través de la meditación, la auto-contemplación y la intuición.

Un libro delicioso, pletórico de ejemplos, anécdotas, obras recomendables, consejos, experiencias.

Lo que Bradbury practicó intensamente durante siete décadas: leer, viajar, ver cine, leer poesía, aprender de los clásicos, crear listas de palabras relacionadas, pasear y reflexionar, imaginar, dialogar, escribir diariamente, tener férrea disciplina, observar, y arriesgarse en la trama, en el léxico, en la sintaxis.

Fabuloso, por ejemplo, es el relato en zen de su encuentro con "El Señor Eléctrico". Actor de una sórdida feria trashumante de mala muerte, Ray lo conoció cuando tenía sólo doce años. Tras sentarse en su silla eléctrica, el juglar ordenó con imperiosa voz la descarga de diez billones de voltios que surgieron de pronto en energía azul y restallante. "Moviéndose hacia el público, con los ojos en llamas, el pelo blanco de punta y arcos de chispas entre los dientes, sonreía y rozaba las cabezas de los niños esgrimando una espada Excalibur, armándolos caballeros con un toque de fuego. Cuando la primera noche se acercó a mí, me golpeó los dos hombros y la punta de la nariz. El rayo saltó a mi cuerpo. El Señor Eléctrico gritó: '¡Vive para siempre!'".

Sobre el paradero del libro

Zen en el arte de escribir fue expulsado de las grandes librerías en mi país. No reeditaba, supongo, de allí el lote en ganga. Bien cuidada, por cierto, esa tercera reimpression de Minotauro del 2008. Compré sólo uno. ¡Grave error! Está en calidad de desaparecido, como decenas de miles de mis conciudadanos. Tampoco he salido a cazarlo a esos oscuros cotos de caza; posiblemente esté allí, en un rincón de una librería de viejo de la avenida Donceles, o en una edición anterior. No merece ese destino, pero es comprensible. No es un libro para el vulgo, ni un *Best Seller*.

En cualquier caso, se puede comprar en su versión en inglés, o descargarse desde sitios como Amazon. Es posible, también, que un día, camino a otro sitio, escuchen su llamado. Que sea él quien los busque. Yo tuve esa suerte.

José Luis Ortiz Garza es licenciado en Ciencias de la Comunicación por el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM) y doctor en Ciencias de la Información por la Universidad de Navarra, dirige la Escuela de Comunicación de la Universidad Panamericana en la Ciudad de México.